



Centro de Estudios de Arqueología Histórica
Universidad Nacional de Rosario



Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica
Latinoamericana | Especial: Documentos de Trabajo |
Año IV Número 5 | 2023

Revista del Centro de Estudios de Arqueología Histórica,
Facultad de Humanidades y Artes,
Universidad Nacional de Rosario
<https://teoriaypracticaah.unr.edu.ar/index.php/index>
<https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/14804>

ISSN en línea: 2591-2801

ISSN versión impresa: 2250-866X

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Gustavo Ferneti. El buen hacer. Comparando seis manuales
de excavación arqueológica

EL BUEN HACER. COMPARANDO SEIS MANUALES DE EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA

THE GOOD PRACTICE. COMPARING SIX HANDBOOKS FOR ARCHAEOLOGICAL EXCAVATION

Gustavo Ferneti *

Resumen

En la enseñanza y la práctica arqueológica, los manuales de excavación han tenido un rol específico como bibliografía formativa. El objetivo de esta monografía es comparar seis manuales, para demostrar que se constituyen instrumentos operativos destinados a ayudar en la práctica profesional. Imbuidos de teoría y en un acto integral de docencia, definen un *buen hacer*: una excavación correctamente hecha, para evitar perder información arqueológica.

Palabras clave: práctica arqueológica; trabajo de campo; docencia; formación profesional; positivismo

Abstract

In archaeological teaching and practice, excavation handbooks have played a specific role as a formative bibliography. The aim of this work is to compare six manuals, to demonstrate they constitute operative instruments destined to help in the professional practice. Imbued with theory and in an integral act of teaching, they define a *good practice*: a correctly done excavation, to avoid losing archaeological information.

Keywords: archaeological practice; field work; teaching; professional training; positivism

* Centro de Estudios en Arqueología Histórica. Universidad nacional de Rosario.
arqfernetti@hotmail.com - <https://orcid.org/0000-0003-3999-6434>

Introducción

La problemática de la técnica de excavación -como parte fundamental del trabajo de campo- ha preocupado a los y las profesionales desde el inicio de la arqueología.

Separándolo del acto de excavar de coleccionistas, aficionados y “huaqueros” (excavadores ilegales), se ha centrado el trabajo de campo como una práctica profesional en el marco de la excavación sistemática de sitios con contexto edáfico (Puppio, 2013).

Si bien no toda práctica arqueológica depende de una excavación, del modo de excavar dependerá gran parte de la interpretación.

Se suma el hecho que el sitio resulta destruido por el mismo proceso de extracción, que altera el contexto arqueológico y si no se registra adecuadamente el sitio, los datos ya no pueden recuperarse. Puede decirse que la excavación es un hecho irrepetible e irreversible y quien excava es “destructor y creador” (Ruiz Zapatero, 2013, p. 40).

La idea de un modo correcto de excavar no es nueva y ha sido desarrollada por los arqueólogos pioneros, describiendo su método, sobre todo para poder hallar de modo certero la cronología del hallazgo (Caraher, 2017; Trigger, 1992). Pero la idea de sistematizar esa corrección es relativamente nueva, excediendo el caso concreto de una experiencia personal.

Existen numerosas estrategias para excavar y teorías que la rigen pero la preocupación por excavar “bien” ha llevado a reflexionar sobre el modo de llevar a cabo una excavación en forma de compilación integral de tareas y procedimientos. Es lo que suele denominarse “manual de arqueología”. Los manuales compilan las correctas técnicas de campo de modo ordenado, considerándolas imprescindibles e incluso inevitables, rigurosas y universales, para no perder la información que brinda el registro arqueológico.

El presente trabajo tiene como objetivo comparar seis de estos manuales. Ello se basa en que este tipo de literatura ha sido y es importante en la formación técnico-profesional pero sobre todo porque han servido para distribuir dentro de la práctica arqueológica, de modo didáctico, experiencias de campo que resultan muy dificultosas de compilar.

Un trabajo vasto y exhaustivo que -desde esta monografía- se considera aquí necesario recuperar y estimar. Se intenta presentar estos libros como instrumentos operativos, con los que se desea formar una práctica profesional de excavar, constituyéndose -en última instancia- como un acto integral de docencia.

Antecedentes y panorama general

No se han hallado, en el desarrollo de esta monografía, estudios comparativos exhaustivos sobre manuales de arqueología, aunque existen trabajos compilatorios o panoramas generales, que suelen ser citados como “panorama o “método y teoría” y puestos en contexto de análisis (por ejemplo Aguerre y Lanata, 2004).

Hester, Heizer y Graham (1988) en la primera edición de su libro identifican un total de 24 manuales, que para la época de su manual en español de 1988 los consideran “en su mayor parte obsoletos” (Hester, Heizer y Graham, 1988, p. 11).

Más recientemente, Caraher (2017) hace un breve listado de 25 manuales, de los cuales detecta sólo 6 publicados, mientras que el resto “son más o menos literatura gris en arqueología y, al menos desde mi perspectiva, bastante efímeros” (Caraher, 2017, p. 1).

Estos últimos autores (Caraher, 2017; Francovic y Manacorda, 2001, Hester *et al.*, 1988). consideran a *Archaeological Excavation* de Droops (1915) y *Manual of Excavation in the Near East: Methods of Digging and Recording of the Tell en-Nasbth Expedition in Palestine* de Badé (1934) como manuales

Tabla 1. Manuales consultados en base a Caraher (2017) y búsqueda del autor.

AUTORES/AS	AÑO (1A ED.)	TÍTULO
Droop, J.P.	1915	<i>Archaeological Excavation</i>
Badè, W.	1934	<i>A Manual of Excavation in the Near East: Methods of Digging and Recording of the Tell en-Nasbth Expedition in Palestine.</i>
Wheeler, M.	1954	<i>Arqueología de campo .</i>
Hester, T.; Heizer, R. y Graham, J.	1975	<i>Métodos de campo en arqueología</i>
Almagro, M.	1975	<i>Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo.</i>
Mentz Ribeiro, P.	1977	<i>Manual de Introdução à Arqueologia</i>
Fladmark, K. R.	1978	<i>A Guide to Basic Archaeological Field Procedures.</i>
Jeffrey A. Blakely, J. Kevin, J. , O'Connell, G. y Toombs, L.	1980	<i>The Tell el-Hesi Field Manual.</i>
Carandini, A.	1981	<i>Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica</i>
Dever, W y D. Lance, D.	1982	<i>A Manual of Field Excavation: Handbook for Field Archaeologists.</i>
Harris, E.	1989	<i>Principles of Archaeological Stratigraphy</i>
Dockrill, S.J.	2007	<i>Old Scatness Excavation Manual.</i>
Tassie, G. y Owens, L.	2010	<i>Standards of Archaeological Excavation: A field guide to methodology, recording techniques, and conventions.</i>
Domingo, I; Burke, H. y Smith, C.	2015	<i>Manual de campo del arqueólogo.</i>
Sanders, G., James, S y Carter Johnson, A.	2017	<i>Corinth Excavations Archaeological Manual .</i>
Schávelzon, D.	2019	<i>Manual de arqueología Urbana. Técnicas para excavar Buenos Aires.</i>
Schávelzon, D.	2020	<i>Manual de arqueología Urbana. Métodos y técnicas para excavar basurales. El caso del bajo Belgrano .</i>

tempranos del siglo XX que sistematizan procedimientos para excavar.

Algunos manuales mencionados por Caraher son exclusivamente técnicos, como *A Guide to Basic Archaeological Field Procedures* de Fladmark (1978) y otros van más allá, como como el *Handbook of Archaeological Methods*, de Maschner y Chippindale (1992), que aunque se encuadra más en la interpretación, no deja de lado lo herramental.

Si bien hay numerosos manuales, la Tabla 1 resume todos los consultados, que indican una correcta excavación de los sitios, con una sistematización de las tareas involucradas y conexas.

Metodología

En el presente trabajo monográfico se analizarán seis obras en castellano sobre excavación arqueológica, auto-referidas como manuales y considerados como resultado de una intención autoral específica: definir el *buen hacer* entendido como un modo correcto de realizar las excavaciones, eje y epítome del trabajo de campo. Si bien toda antología es arbitraria y hay numerosos manuales, los seleccionados fueron aquéllos centrados en la excavación, haber sido traducidos al español, siendo ellos de uso conocido en Latinoamérica y sobre todo en Argentina. Por lo tanto, los elegidos fueron considerados como una muestra suficientemente significativa para analizar y comparar. Son textos que se consideran autoralmente como didácticos, universales y empíricos para indicar técnicas específicas destinadas, sobre todo, a no perder información en la excavación, sea de los fragmentos como de su contexto.

Los manuales elegidos son metódicos y no metodológicos, ya que el método en los manuales es un procedimiento que lleva a un objetivo práctico, un orden de acciones y no a la construcción ordenada de un conocimiento. El método -en el manual- es una instancia diferente a la metodología en la ciencia, propia del *paper* y por lo tanto de la interpretación, no de la excavación.

Finalmente, si bien en Argentina sólo se ha detectado dentro de algunos programas educativos a Wheeler (1961) y Carandini (1997), la traducción al español implicó su accesibilidad para lectores/as latinos, sobre todo estudiantes (“Todos estudiamos con algún manual”, Volpe, com. pers. 2/11/2021).

Los criterios de selección, por lo tanto, fueron los siguientes:

- El trabajo de campo centrado en la excavación.
- El concepto taxativo de “corrección” de esas tareas (*buen hacer*) desarrollado en formato didáctico.
- La universalidad: las tareas propuestas se aplican a todo caso, independientemente de las teorías arqueológicas.
- Los temas son declaradamente pragmáticos.
- La propuesta de un método técnico (universal) y no una metodología científica.
- La propuesta de herramientas, técnicas y comportamientos.
- La experiencia autoral en excavaciones, como fuente de erudición.
- La bibliografía extensa sobre excavaciones como aparato erudito.
- Haber sido traducido al español.

Según estos criterios, se seleccionaron:

-*Arqueología de campo* (originalmente *Archaeology from the earth*) de Mortimer Wheeler, cuya primera edición es de 1954, edición en castellano de 1961. Se da en un contexto de diferenciación entre la arqueología inglesa y la francesa, donde la estratigrafía es esencial para establecer cronologías.

-*Métodos de campo en arqueología* (*Field methods in archaeology*) de Thomas Hester, Robert Hei-

zer y John Graham, de 1975, edición en castellano de 1988. Su aparición coincide con el afianzamiento de la Arqueología Procesual o Nueva Arqueología.

-*Historias en la tierra - Manual de excavación arqueológica* de Andrea Carandini, edición en castellano de 1997, con título original *Storie dalla terra - Manuale dello scavo archeologico*. El contexto es el de la arqueología histórica europea, sobre todo de la arquitectura, antes que a una arqueología procesual-norteamericana.

-*El Manual de campo del arqueólogo* de Inés Domingo, Heather Burke y Claire Smith, de 2015. Es un manual contemporáneo, de contexto universitario y por lo tanto de técnicas básicas, en un momento de arqueología post procesual, entre otras.

-*El Manual de arqueología urbana I. Técnicas para excavar Buenos Aires* de Daniel Schávelzon (2019). Sus técnicas son para la arqueología urbana porteña, pero a pesar del título, aplicables a todas las ciudades.

-*El Manual de arqueología Urbana II. Métodos y técnicas para excavar basurales. El caso del bajo Belgrano* también de Daniel Schávelzon (2020). Junto al del otro manual, el contexto es el de la arqueología urbana, enfoque disciplinar ya afirmado en Argentina.

Abarcan no sólo a la arqueología en general sino a arqueologías y a diferencia de los manuales especializados o regionales, esta literatura se encuadra en una universalidad de su tema o contexto, presente en cualquier país, incluyendo la arqueología urbana o la arqueología de la arquitectura. También tienen en común el carácter docente. Estos manuales tienen añadida una cualidad educativa que exceden las tendencias académicas. Describen técnicas básicas, partiendo del desconocimiento de las herramientas y la ejecución de las técnicas del trabajo de campo. Con frecuencia surgen luego de charlas, clases académicas y conferencias donde se verificó en los y las autoras, la necesidad de escribir un libro. Supuesto lo correcto, son libros eruditos, extensos y complejos que incorporan casos, sitios y experiencias junto a lo tecnológicamente disponible para excavar. Con ciertas aclaraciones y prevenciones, el o la autora presupone que su manual es aplicable a una generalidad, proponiendo un orden técnico extensivo a muchas excavaciones posibles y con variables casi infinitas.

Al considerar los manuales como textos centrados en el trabajo de campo y, en especial, la excavación, no se han considerado los glosarios, diccionarios, compendios y actualizaciones teóricas que suponen una enumeración o recopilación de teorías pasadas o vigentes en la arqueología, como Chang (1983), el diccionario de Francovich y Manacorda (2001), las compilaciones panorámicas de Renfrew y Bahn (2011) y de Aguerre y Lanata (2004).

El conocido *Cambridge Manual of Archaeology* es una obra enciclopédica, con numerosos libros separados de autores diversos (por ejemplo, *The Excavation*. Roskams, 2017), cada uno con un tópico, pero los libros (conservación, dibujo arqueológico, fotografía, materiales diversos, etcétera) no están articulados entre sí, por lo que resulta dificultosa la comparación con otros manuales que sí integran esas técnicas.

Tampoco se incluyeron manuales generalistas, por ejemplo, los de Alcina Franch (1965) o Mentz Ribeiro (1977) ni panoramas o introducciones como la de Almagro (1975). Dentro de ese tipo de generalizaciones, Cobb y Croucher (2020) proponen un manual que es en realidad, de toda la práctica profesional y no de la excavación. Gamble, en su *Arqueología Básica* (2019), resume tanto las técnicas como las ideas, lo cual constituye un panorama sobre la disciplina.

Tampoco se consideraron manuales particularistas destinados a establecer procedimientos sobre una particularidad, área o región -por dar un ejemplo *Tell El-Hesi Field Manual* de Blakely y Toombs (1980)- o tópicos especiales del trabajo de campo, como la conservación de campo o la extracción de restos humanos.

Un caso especial que debe ser mencionado es el libro de Edward Harris, *Principios de estratigrafía arqueológica* (1989). Su obra es un manual de pleno derecho y posee una fuerte idea de universalidad. Para el autor, si bien su libro es “un análisis de los principios de estratigrafía arqueológica que aplican los excavadores” (Harris, 1989, p. 11) también cita modos erróneos y correctos de excavar, arbitrarios y estratigráficos respectivamente (Harris, 1989, p. 41). Sin embargo, Harris dedica la mayor parte de su obra a la sistematización de los registros mediante “leyes” (Harris, 1989, p. 51) antes que procedimientos pragmáticos para la totalidad del trabajo de campo, a diferencia de los seis manuales considerados. El libro de Harris es un compendio de métodos para sistematizar el registro, antes que proponer técnicas de excavación. Su influyente libro recoge gran parte de la obra de Wheeler (ver Harris 1989, p. 29, p. 65) pero sin considerar la parte pragmática de ese autor inglés. Harris no alude a herramientas adecuadas, la organización del sitio, las acciones pre y post excavación, comportamientos profesionales, personal necesario, etcétera, que sí son consideradas en los manuales seleccionados. Si bien el texto de Harris puede ser abordado como un manual, en última instancia, es un libro que aborda su propia sistematización basada en la estratigrafía y no en las cuadrículas arbitrarias, donde la forma de excavar se subordina a ello.

Por lo tanto, el *buen hacer* es metodológico y no pragmático y el orden buscado es el de la información. La crítica de Chadwick es que dedica su libro “más al carácter interno de los depósitos que a la estratigrafía (...) y ha tratado de establecer leyes generales de la sedimentología” (Chadwick, 1997, p. 19). Si es dudoso su carácter pragmático-herramental, no es cuestionable su gran aporte a la observación y sistematización de sitios arqueológicos, sobre todo de contexto edáfico.

El prologuista del manual de Carandini, Xavier Durpés Carandós, sostiene que “el harrisianismo adolecía de una falta de reflexión y de puesta en común de experiencias” (en Carandini, 1981, p. VI) algo inexcusable en manuales como los seleccionados.

Ruiz Zapatero considera al libro de Harris “un nuevo método para registrar y representar las secuencias estratigráficas” y su *matrix*, una “jerga visual ampliamente aceptada” (Ruiz Zapatero, 2013, p. 55). Más allá de estas críticas, se puede considerar el manual de Harris como una obra redactada para explicar su propio modo de sistematización, destinada a profesionales y no a estudiantes - principiantes que, como se verá, son el sujeto lector privilegiado de estos manuales.

El de Harris es un manual, pero especializado y auto referenciado, no un libro herramental, constituyéndose en un proyecto general de estratigrafía, propuesta que sigue en plena vigencia en la arqueología.

Los manuales considerados –en cambio- no son proyectos metodológicos ni teóricos, sino instrucciones técnicas generales, aplicables en cualquier sitio y condición como carácter en común, para lectores/as no preparados/as. Para analizarlos, se partirá de sus similitudes, encuadradas en categorías basadas en la estructura interna de cada obra. Esta estructura tiene un orden dividido en párrafos, un modo discursivo para ciertos lectores/as y un aparato erudito. Pero también analizar un posicionamiento respecto a lo teórico -la ateoricidad- cualidad que recorre todo este tipo de literatura.

Por lo tanto -y en resumen- la metodología empleada para esta monografía consistirá en:

1. Definir conceptualmente “manual” más allá del sentido común o lo cotidiano.
2. Analizar comparativamente el modo discursivo de los manuales y su público lector.
3. Comparar contenido y bibliografía utilizada en los manuales, en tanto aparato erudito.
4. La manera en que se dirigen a sus lectores/as mediante su posicionamiento frente a la práctica profesional de la excavación.
5. Poner en crisis la supuesta ateoricidad, dentro de la universalidad planteada y su contexto de época

6. Obtener conclusiones acerca de este tipo de textos.

El concepto de manual

Hoy los manuales pueblan la vida cotidiana para el manejo de herramientas, comportamientos diarios o el aprendizaje en las escuelas. Como texto presuponen, desde un sentido común, un conjunto de conceptos disponibles con rapidez y facilidad para resolver problemas concretos (Duhat Kizatus, 2007, p. 2).

También desde ese sentido común, el manual pone al alcance del/la lector/a (de allí el término) lo correcto a realizarse, tanto para alcanzar sus objetivos como para que esa consecución sea eficaz y sin consecuencias negativas (Asanza Molina, Miranda Torres, Ortiz Zambrano y Espín Martínez, 2016). Lo correcto presupone que no hay otros modos o bien si hay varios modos, ellos se describen en el manual como equivocados. El manual propone el buen uso de dispositivos, la secuencia adecuada de tareas para un fin concreto o el correcto aprendizaje escolar, por dar ejemplos habituales.

En la vida cotidiana también pueden hallarse como Instrucciones de Manejo, Guías de Usuario o de Procedimiento, Complementos Técnicos, Manual de Uso, Manual técnico, handbook o terminologías similares. Presuponen un conocimiento absoluto o esencial de su objeto operativo, fundamental para poder manejarlo de modo correcto.

Tal vez los casos más conocidos, cotidianos y domésticos sean los manuales técnicos de manejo de herramientas o instrucciones que deben seguirse obligadamente, a riesgo de un mal funcionamiento de la herramienta o su rotura.

Hasta aquí, el manual como cotidianeidad no necesitaría definirse, pero no cualquier texto explicativo constituye uno de estos textos. Un manual típico podría definirse como

... una guía que ayuda a entender el funcionamiento de algo, o bien que educa a los lectores acerca de un tema de forma ordenada y concisa (Asanza Molina et al., 2016, p.3)” y también como “...un documento que contiene, en forma ordenada y sistemática, información y/o instrucciones sobre historia, organización, política y procedimientos de una empresa, que se consideran necesarios para la mejor ejecución del trabajo. (Duhat Kizatus, 2007, p. 3)

Estas cortas definiciones abarcan tres conceptos clave: la especificidad temática del manual, la aplicación correcta de acciones sobre el tema que ocupan y su carácter pragmático, didáctico y ordenado.

El manual es sobre todo empírico, trasciende o sobrepasa toda teoría, que se presupone contemplada en todas sus variaciones. Posee una corrección técnica que el o la usuario/a debe aprovechar, sea cual fuese su perspectiva respecto a la materia (Reyes Ponce, 1966).

Si un manual es extenso, instructivo, didáctico y pragmático: ¿es posible elaborar una obra que contemple un *buen hacer* en la arqueología, tan imbuida de teorías?

El manual de arqueología: la excavación

Los manuales, esa “literatura más o menos gris y por completo efímera” (Caraher, 2017, p. 1) parecería ser una discusión lateral a la profesión. Las técnicas empleadas específicamente en el trabajo de campo no figuran siempre en la metodología de los *papers* científicos y sólo se evidencian en fotos cui-

dadosamente elegidas de los sitios. Los trabajos de investigación suelen centrarse en los marcos teóricos, en la metodología de análisis del registro y su interpretación. Suelen ser poco frecuentes las discusiones sobre el método de excavación o que figuren obras sólo sobre la excavación arqueológica como técnica dentro de un método.

El trabajo de campo es una condición común a la arqueología, opuesto al trabajo de gabinete. Y dentro del trabajo de campo, la excavación parece ser su epítome, a veces en un erróneo reduccionismo que la hace sinónimo de arqueología (Ruiz Zapatero, 2013). De lo oculto en el suelo se desprende la interpretación y excavar es -metodológicamente- un paso entre otros: la obtención de datos empíricos desde un contexto edáfico. Con todo, la necesidad de un abordaje de la tarea de excavar como una práctica profesional parece haber continuado en los manuales.

Es el recorte que efectúa el manual: de todas las tareas, la común, fundamental y la más ateórica posible, es la excavación. El manual aporta un modo general de excavar que permita la recuperación óptima de los datos del sitio. Si bien esta metáfora no figura en los manuales, este *buen hacer* implicaría una homogeneidad del trabajo de campo por sobre la heterogeneidad de los sitios arqueológicos, las teorías vigentes y los y las profesionales intervinientes.

Esta heterogeneidad es múltiple. Por un lado, la diferencia constante entre sitios. Aun considerando sólo los de contexto edáfico, la variabilidad de contextos, épocas y materialidad es enorme. Por otro lado, la arqueología, a diferencia de los procedimientos y el manejo de herramientas, posee una teoría arqueológica subyacente, como ciencia teóricamente orientada, crítica y reflexiva con múltiples sub-enfoques, temáticas y perspectivas para abordar sitios completamente diferentes (González Ruibal, 2012). La excavación misma ha sido considerada una experiencia implicada por la teoría:

Bajo el amparo neopositivista de una práctica de excavación impersonal y asocial, se defendía, y aún sigue vigente, una visión cientificista de la excavación reducida a una serie de procedimientos agregados, vinculados a una manipulación técnica y a la adquisición de un conocimiento analítico y descriptivo que permanecía neutral a todo interés interpretativo y valorativo. (D'Amore, 2015, p. 502)

El post procesualismo también proclama que la interpretación comienza exactamente en la excavación; la frase de Hodder “la interpretación comienza al filo del cucharín” (Hodder, 2003, p. 59) implicaba que la excavación era parte inicial de la interpretación sobre lo hallado:

A medida que la paleta se mueve sobre el suelo, responde a los cambios de textura y color, pero siempre de una manera informada por una perspectiva particular. El conocimiento del arqueólogo influye en la forma en que se excava el sitio. (Hodder 2003, p. 58)

Si los manuales de arqueología deben enfrentar tal cantidad de variables, redactar uno para cada tipo de excavación resultaría una labor interminable. Por el otro extremo, redactar instrucciones sólo en base a la experiencia de quien escribe el manual, sería una empresa incompleta.

El libro debería tener un factor común, un tópico que abarque la mayor cantidad de experiencias disponibles y que reduzca las variables de discretas a continuas. Debe remitirse a las técnicas, que son finitas si se articulan con lo supuestamente común, la excavación. Lo común debería provenir de todos los casos conocidos por quien escribe la obra y destinado a todos los sitios a futuro, definiendo los procedimientos comunes *buenos* pero también los “malos”.

Bien realizada, una excavación resultaría correcta para toda teoría y todo caso, el manual se vuelve entonces universal. Planteada esta universalidad, la excavación mal realizada es en perjuicio de la investigación. Schávelzon advierte constantemente sobre ese riesgo: “Cualquier cosa que haga debe referenciarla espacialmente. Si no se hace fracasará todo: usted no está en el campo en que las coordenadas geográficas y el norte alcanzan” (Schávelzon, 2019, p.51). Por “todo” podría entenderse la excavación y los resultados de la misma.

Carandini también se posiciona:

Para poder excavar extrayendo el máximo de información y para poder comprar los resultados de excavaciones se requiere un mínimo común denominador en el método que se usará en el trabajo de campo, por debajo del cual se está fuera del procedimiento útil para la reconstrucción histórica y se está dentro de lo que, hasta hace poco, era el grupo de destructores de la información arqueológica... (Carandini, 1997, p. 3)

Estos dos ejemplos para la arqueología urbana son independientes de la teoría o el/la investigadora. Pero por otro lado, se plantea como un procedimiento técnicamente irrefutable para un contexto disciplinar previamente definido e incluso toda la arqueología.

Justamente desde los procedimientos, el manual fue entendido como un compendio de ese *buen hacer*, un resumen de experiencias recopiladas de trabajos de campo y que al ser leído, aparecen como información obtenida mediante excavaciones propias y ajenas.

Leyendo los manuales, la historia de la arqueología presenta experiencias producto de la época, con técnicas adecuadas que permitieron recuperar la información proveniente de la excavación e interpretarla (Podgorny, 2008; Wheeler, 1961). Sin embargo, no siempre parecen universales entre sí, al compararlos. Por ejemplo, las técnicas de excavación por decapage, niveles artificiales o estratos métricos, de Leroi-Gourhan fueron el modo correcto de excavar por más de 50 años (Coye, 1997; Leroi-Gourhan y Brézillon, 1966) y propuesta como “habitual” por Hester *et al.* (1988, p. 33). Casi simultáneamente, Wheeler (1961), luego Carandini (1981) y, más tarde Harris (1989) definirán la estrategia hoy llamada de “open area” basada en la estratigrafía, aunque estos en base a una arqueología de la arquitectura y ahora propuesta en el manual de Domingo *et al.*, (2015) que no menciona la técnica de *decapage*.

Autores, autoras y el manual

Al examinar los libros considerados, quienes los escriben argumentan el concepto de manual desde el carácter de su objetivo. Proponen el manual de arqueología como una literatura técnica casi completamente empírica, como la de los manuales de procedimiento. Schávelzon resume muy bien esta ateoricidad volcándose a lo instrumental:

Este manual es precisamente eso, un manual; no es un texto teórico ni una introducción al tema, ya hay demasiado de ambos, no es un volumen erudito que avanza sobre conocimientos establecidos, es simplemente un instrumento para trabajar todos los días. Es para tener los elementos metodológicos y técnicos necesarios para excavar un lote urbano en una ciudad moderna y cambiante, básicamente Buenos Aires. (Schávelzon, 2019, p. 9)

Wheeler define su libro como experiencial, compendio de “notas y reminiscencias de una larga y

variada experiencia en los quehaceres arqueológicos” (Wheeler, 1961, p. 7), destinado a la enseñanza. El resto de los autores sí asumen el concepto de manual como Carandini (1997), Domingo *et al.* (2015), Hester *et al.* (1988) y Schávelzon (2019, 2020).

Sin embargo ¿Pueden ser considerados como manuales, más allá de las expresiones autorales?

En todos aparecen contenidos específicos a la arqueología al comprender excluyentemente problemas derivados de la excavación y sus soluciones. Todas las obras analizadas aquí describen acciones preferibles a otras mal ejecutadas, ya que “no hay una forma correcta de excavar, pero sí muchas erróneas” (Wheeler, 1961, p. 10). Las obras aquí analizadas se consideran como herramientas: “un instrumento para trabajar (...) para que las cosas salgan bien o medianamente bien” (Schávelzon, 2019, p.23) o como “reglas de conducta” (Carandini, 1997, p. 3).

Esa condición de texto-herramienta está en todos los manuales, dividiendo el libro en tópicos o puntos (excavación, herramientas necesarias, documentación, fotografía) para ser consultados en un proyecto arqueológico o durante éste. También se plantea un carácter exhaustivo, porque los manuales tratan todos aspectos importantes de la excavación, tareas y procedimientos y hasta las herramientas físicas necesarias para ello.

Otra de las condiciones halladas es la universalidad, a pesar de ciertas particularidades.

El título *Manual de Campo del Arqueólogo* de Domingo *et al.* (2015) remite a cualquier campo y cualquier arqueólogo/a pero que está pensado para “la realidad española y las necesidades de los estudiantes españoles” (Domingo *et al.*, 2015, p. 22). Schávelzon (2019) extiende un caso urbano local (Buenos Aires) a todos los casos posibles de basurales, a una ciudad entera y a toda arqueología urbana. Hester *et al.* (1988) aparentemente niegan esa universalidad: “No existe una técnica definida de excavación, sino más bien tantas técnicas como sitios arqueológicos existan”. Pero los autores buscan “ciertas cosas en común” entre los diferentes casos (Hester *et al.*, 1988, p. 13) y justamente esas cosas comunes son las que forman su obra, en tanto son aspectos universales para cada sitio.

Quizás el más explícito al respecto de la universalidad sea Wheeler: “No existe método propio a una excavación de un sitio británico que no sea aplicable –más aún, deba ser aplicado- a un sitio en África o en Asia” (Wheeler, 1961, p. 30). Carandini también considera esa universalidad ya que “en su aspecto más físico la excavación sigue procedimientos válidos para cada lugar y tiempo” (Carandini, 1997, p. 16). Justamente la universalidad de las técnicas de excavación hace que esos procedimientos puedan *manualizarse*: recopilarlas, listarlas y presentarlas como aciertos a seguir y errores a evitar, en instrucciones estandarizadas.

La intención general también es educar: “la formación de campo es imprescindible para el futuro arqueólogo, como lo es el estudio de los materiales arqueológicos” (Domingo *et al.*, 2015, p. 21). Todo ello, en los/las autores/as se realiza en base a las experiencias previas propias y ajenas, estableciendo modos del buen hacer que deben ser enseñados, difundidos y aplicados como contenidos con una didáctica y un orden. Por lo tanto, en los manuales existe una clara postura docente, instructiva para sus lectores/as, un modo especial del discurso y una secuencialidad de los contenidos.

¿Para quiénes se escriben los manuales?

Indagar esto mediante un análisis literario o semiótico especializado apartaría del objetivo de comparar las seis obras desde la arqueología, por lo que se prefiere detectar lo que los y las autoras dicen específica y taxativamente sobre sus lectores/as esperados. Pueden observarse, en todos los manuales, frases dirigidas para crear una sensación de presencia dialógica del autor/a frente al lector/a (usted) con

fórmulas del tipo: “piense que si usted ve un perfil de un terreno que ya fue excavado, además de lamentar la pérdida de la información interior, tiene ante los ojos la información de un lote promedio...” (Schávelzon, 2019, p.22).

Wheeler adopta un sujeto colectivo definido como “los colegas” (Wheeler, 1961) Para establecer ese tipo de vínculo literario, recurre a un “nosotros” inclusivo: “pertenece, algunos de nosotros, a una generación que ha participado activamente en dos guerras...” (Wheeler, 1961, p. 11). Todo ello parece destinado a una empatía con quienes leen la obra en 1954 –colegas eruditos en arqueología, no estudiantes ni aficionados- que justifican la humildad académica (no saber, no alardear de lo que se sabe) y lo generacional (pertenencia, erudición y veteranía, opuestas a juventud). También usa frases coloquiales: “(yo) clasificaba tuestos de mala calidad, como galletas de perro” (Wheeler, 1961, p. 239). Probablemente estaban destinadas a la risa del auditorio, compuesto por sus colegas.

Carandini indica que su obra “pondría en guardia a los jóvenes arqueólogos protohistóricos” (Carandini 1997, p. 2) pero no hay otra referencia específica a sus lectores/as. Parece eludir ese contacto con quienes leen pero no el “yo”: “Ahora puedo tener en cuenta las primeras experiencias de arqueología urbana en Italia” (Carandini 1997, p. 15). Incluso al aludir a quien lee es impersonal: “el lector perdonará las abundantes citas...” (Carandini 1997, p. 12) sin especificar quién es, colega o estudiante. Para vincularse en “presencia” con quien lee, utiliza coloquialismos, metáforas o al menos palabras no técnicas: “Larvada o evidente, la destrucción siempre está al acecho. Da latigazos a la costumbre conservadora de la psique, pero activa las facultades restauradoras del pensamiento, acostumbrados a tender puentes sobre las lagunas y hacer conjeturas sobre lo que falta” (Carandini, 1981, p. 256). Ello permite una relación más empática con lectores y lectoras, muy distinta a la del artículo científico.

De modo similar a Carandini, Hester *et al.* (1988) hablan concretamente de “un grupo de quince estudiantes” (Hester *et al.*, 1988, p. 12) que ayudaron a recopilar la obra original en 1958 y que resultó en el manual destinado a la educación “para que los estudiantes sin mucha experiencia de campo tengan alguna idea de qué buscar en una excavación” (Hester *et al.*, 1988, p. 9).

¿Cómo se dirigen a quien lee?

Wheeler no utiliza el formato imperativo, expone con frecuencia el posible error y elude el “debe” usando una forma diferente: “se anota”, “se toma”, “se comienza por” (Wheeler, 1961, p.87) de modo de no usar taxativamente el “se debe”. En cambio, los manuales más recientes aluden directamente a quien lee mediante pronombres (usted, tú), modo discursivo que los manuales de uso de herramientas o de procedimientos, como literatura técnica, no buscan ese tipo de contacto con “el usuario” (Alvarez Torres, 1996, p. 11).

Domingo, Burke y Smith -que como se vio utilizan el tú- se dirigen exclusivamente a estudiantes: “lo que aprenderás en este capítulo” (Domingo *et al.* 2015, p. 27). Definido quien lee, el modo va desde la recomendación: “es muy útil”, “no recomiendo” (p. 88) a la orden taxativa, “Primero, busca correlaciones... Segundo, decide el tipo de asociación...” (p. 194).

Schávelzon (2019 y 2020) se dirige a un o una colega individual que excava en la ciudad y vive en ella. Las referencias son de con-ciudadanía, ya que recurre a elementos urbanos que se convierten en contexto y por ende, son fuente de problemas técnicos.

Finalmente y aludiendo al discurso inclusivo, hoy tema a contemplar en la redacción de textos, ningún manual –a veces por su época- incluye al género femenino en el discurso. Para los autores más antiguos, la arqueología es actividad de hombres y la referencia general en el texto es siempre masculina, exceptuando los casos bibliográficos. Pero incluso el más moderno, Domingo *et al.* (2015) se refiere a un “arqueólogo” masculino ya en el título de la obra, paradójicamente escrita por autoras mujeres.

Schávelzon, en cambio, indica cierta realidad de género en los trabajos de campo: “Recuerde que la arqueología es en su mayor parte actividad de mujeres, los operarios de construcción son hombres” (Schávelzon, 2020, p. 40).

Observando el modo discursivo y sus destinatarios/as pareciera existir una separación del discurso científico, artículos y libros de arqueología o panoramas teóricos generales, donde el lector/a no suele estar aludido. En cambio, los modos discursivos podrían considerarse homólogos al de la clase o conferencia, con presencia autoral frente a un sujeto en situación de aprendizaje. El discurso es magistral y en una sola dirección: de quien habla a quien escucha. Estos modos discursivos serían el modo elegido para vincularse lo más estrechamente posible con quienes leen sus trabajos, a quienes consideran educandos, alumnos/as, neófitos o -al menos- lectores/as que encontrarán convenientes las instrucciones para *excavar bien*.

El modo discursivo

En todos los manuales analizados y a diferencia de los artículos científicos, se puede encontrar como particularidad el coloquialismo en el discurso. Dado que se trata de manuales, podemos considerar esa particularidad discursiva como un modo educativo. Las experiencias (propias o recopiladas) de quien elabora el manual y la condición de educando del/la lector/a se articulan en un diálogo, pasando con frecuencia del discurso técnico al habla docente, incluyendo giros que lleven a la comprensión, como suele suceder en una clase. Así, Wheeler puede decir: “En las páginas siguientes he de llamar la atención, de vez en cuando, a los crímenes no menos que a las virtudes de mis contemporáneos y predecesores” (Wheeler, 1961, p. 9) y suele utilizar la frase coloquial “dolores de cabeza” (Wheeler, 1961, p. 33) o “quebraderos de cabeza” (Wheeler, 1961, p. 79), “de estas actividades surgieron, naturalmente, los verdaderos aficionados ¡santa palabra!” (Wheeler, 1961, p. 15). Pero se debe tener en cuenta que su libro se basa en las “Conferencias Rindh de 1951” (Wheeler, 1961, p. 8) destinadas a colegas y no a un programa educativo universitario. Tal vez por ello el autor recurrió a un “yo” humilde ante los lectores: “el uso repetido del primer pronombre personal es para recordar al lector que por lo menos algunas limitaciones de este ensayo son reconocidas por el autor” (Wheeler, 1961, p.7); “¿Qué es, en realidad, la arqueología? Yo mismo no lo sé.” (Wheeler, 1961, p. 10) y “...sería pedante protestar contra el método” (Wheeler, 1961, p. 79), frases que lo posicionan ante quienes lo leen.

Carandini utiliza el imperativo, pero matizado con la sugerencia. Este autor no duda en utilizar la orden cuando lo considera necesario: “para excavar hay que saber mover el propio cuerpo” (Carandini, 1997, p. 174), “el uso de la pala debe hacerse correctamente” pero también pasa al consejo práctico: “es aconsejable usar la *trowel* (cucharín) asociada al recogedor” (Carandini, 1997, p. 175).

Hester *et al.* (1988) son los autores menos coloquiales pero, al menos en la traducción de 1988, adoptan la modalidad textual del epígrafe de tipo filosófico, a veces curioso, erudito o cómico (cita de Mark Twain, por ejemplo, p. 266) al parecer destinado promover a la reflexión sobre cada capítulo, redactados sin los “espontáneos” giros verbales de Wheeler o Carandini.

El más coloquial es el manual de Domingo *et al.* (2015) que usa el *tú* para referirse a lectoras y lectores universitarios. La modalidad es casi de confianza personal, de docente en contacto que observa el procedimiento del o la alumna: “si estás rascando, utiliza siempre el lateral de tu rasqueta en disposición paralela a la superficie y arrastra hacia ti” (Domingo *et al.*, 2015, p. 196). Respecto al tiempo verbal, se usa tanto la sugerencia como la orden (debes, tienes que) “tienes que usar la rasqueta y el pincel” (Domingo *et al.* 2105, p. 133) o “comprueba que el equipo fotográfico funciona al menos una semana antes

del trabajo de campo” (Domingo *et al.*, 2015, p. 351).

En el otro extremo, Schávelzon es imperativo: “párese en el centro y mire despacio” (Schávelzon, 2019, p. 39), recurre a la orden. No es rara la ironía: “No piense en qué hay abajo, primero piense en lo que le va a decir ese piso. Esto no es arqueología prehistórica en que lo que hay arriba se quita porque molesta” (Schávelzon, 2020, p. 96). Pero también utiliza coloquialismos que indican lo conveniente para quien lee: “La roldana es su mejor amiga.” o “No gaste dinero (en el georradar), el subsuelo de la ciudad es ilegible. Es como usar detector de metales en una herrería” (Schávelzon, 2019, p. 186, p. 89).

En estos modos -imperativos o de consejo- hay una relación con lo correcto, que es necesario ejecutar. La pérdida de la información es el irreversible peligro del error, por lo que estos modos verbales tratan –desde el manual- de indicar el *buen hacer* de modo perentorio y taxativo.

El contenido

El contenido es el conjunto de temas que abarca cada manual. Podría suponerse que las obras se redactaron siguiendo estrictamente el concepto del manual de instrucciones, procedimientos o de herramientas, dando instrucciones específicas para excavar, llevando al extremo el concepto de “instrumento para trabajar todos los días” (Schávelzon, 2019, p. 9). Pero a pesar de la lógica técnica y hasta herramental de los seis manuales, la práctica arqueológica no remite solamente a la excavación, sino a procesos epistémicos complejos, de los cuales la excavación es solo una parte integrada y por eso la excavación se constituye en una praxis.

Si bien ninguno de los autores o autoras define exactamente qué es el trabajo de campo, se focalizan en la excavación, abarcando gran parte del libro, ya que es en esa tarea donde se pierden datos arqueológicamente importantes. Así, la excavación aparece como búsqueda y conservación de la información arqueológica *in situ*, para luego poder interpretar el registro en base a la teoría (Gouldner, 1970) y así el trabajo de campo aparece conceptualmente diseminado en el libro.

Dado que el proceso de excavar tiene pasos (un método de campo) y modos (buenos o malos) que fueron despejados de la experiencia o la bibliografía, las tareas específicas de un manual podrían reducirse a un listado limitado. Este listado sería una articulación conceptual realizada de modo que no se inmiscuya en la teoría, sino que enseña cómo impedir la pérdida de datos. Así, el manual no es un sencillo instrumento de manejo de dispositivos mecánicos, ni una receta o folleto, sino se concibe también como una instancia de aprendizaje.

Si la excavación bien hecha –como praxis- implica recuperar la mayor cantidad de información, los seis manuales desarrollan, aún con diferente época de escritura, una estructura interna. Desarrollan un orden, con prólogos e introducciones, objetivos y definiciones iniciales, conceptos arqueológicos generales, metodología de campo dividida por tópicos, listado de elementos necesarios y tareas posteriores de observación, documentación y mapeo.

En la Tabla 2 se comparan los contenidos en función de los capítulos de los seis manuales, agrupándolos (con una referencia de color) en base a 8 categorías que agrupan los capítulos: introducción, teoría, trabajos preliminares, técnicas de excavación, documentación, elaboración de datos e interpretación, casos y bibliografía. La idea es comparar horizontalmente los contenidos de las seis obras:

Tabla 2. Contenido de los seis manuales en base a sus capítulos. En color celeste se han marcado los ítems relacionados con las técnicas de excavación.

WHEELER (1954)	CARANDINI (1981)	HESTER, HEIZER y GRAHAM (1975)	DOMINGO, BURKE Y SMITH (2015)	SCHÁVELZON (2019)	SCHÁVELZON (2020)
PREFACIO	PRÓLOGO	INTRODUCCIÓN	AGRADECIMIENTOS	INTRODUCCIÓN	AGRADECIMIENTOS
INTRODUCCIÓN	PREFACIO	OBJETIVOS Y ENFOQUES EN LA ARQUEOLOGÍA	PRÓLOGO	DEFINICIONES BÁSICAS	PRÓLOGO
ASPECTO HISTÓRICO	INTRODUCCIÓN	LA EXPLORACIÓN DE LOS SITIOS	PREPARATIVOS PARA EL TRABAJO DE CAMPO	LOS PARAÍSO DEL ARQUEÓLOGO URBANO	LA ARQUEOLOGÍA URBANA EN BS. AS.
LA CRONOLOGÍA	HISTORIA Y PRINCIPIOS DE LA ESTRATIGRAFÍA	MAPAS DE LOCALIZ. DE SITIOS	ORIENTACIÓN Y CARTOGRAFÍA	QUÉ HACER ANTE UN LOTE URBANO	MÉTODOS Y TÉC. P/ EXCAVAR BASURALES
LA ESTRATIGRAFÍA	DE LA ESTRATIFICAC. A LA ESTRATIGRAFÍA	MÉTODOS DE EXCAVACIÓN	LA BÚSQUEDA DE YACIMIENTOS	QUE HACER EL PRIMER DÍA	EL BASURAL DE BARRIO BELGRANO
EL PLAN DE UNA EXCAVACIÓN	LA DOCUMENTACIÓN	EL REGISTRO DE LOS DATOS Y LA RECOLECC.	LA PLANIMETRÍA DEL YACIMIENTO	CÓMO COMENZAR A TRABAJAR	EXCAVACIÓN RELLENOS DE ESTRUCTURAS
LA EXCAVACION DE UNA ESTRUCTURA	NARRACIÓN Y EDICIÓN	ESTRATIGRAFÍA	TÉCNICAS BÁSICAS DE EXCAVACIÓN	QUÉ HAY EN EL ESPACIO PÚBLICO	ARQ. Y PATRIMONIO EN CASA LEPAGE
EXPLORANDO SITIOS DE POBLADO	LA EXCAVACIÓN COMO PRÁCTICA	EXCAVACIÓN DE RESTOS HUMANOS	LA DOCUMENTACIÓN	CÓMO EXCAVAR/ESTUDIAR LA ARQUITECTURA	BIBLIOGRAFÍA (PROPIA)
LOS ENTIERROS	NOTAS	RECUPERACIÓN RESTOS ANIMALES	LA DOCUMENTACIÓN (ARQ. CLÁSICA)	MATERIALES Y CONTEXTOS	
TRABAJO DE RELOJERO	BIBLIOGRAFÍA	ARTEFACTOS: ESTUDIO Y PRESERVACIÓN.	LA FOTOGRAFÍA Y EL DIBUJO ARQUEOLÓGICO	EXCAVANDO EN INTERIORES EN USO	
TÁCTICA Y ESTRATEGIA		LA RÉPLICA Y EL EXPERIMENTO	LA PRESENTACIÓN DE LOS RESULTADOS	LAS VENTANAS DE EXPLORACIÓN	
EL PERSONAL		FOTOGRAFÍA ARQUEOLOG. DE CAMPO	APÉNDICES	LOS LÍMITES D ELA EXCAVACIÓN	
LAS HERRAMIENTAS		CLASIFICACIÓN DE LAS CULTURAS ARQUEOL.		LAS CONSTRUCCIONES BAJO TIERRA	
EL DEPARTAMENTO DE CERÁMICA		MÉTODOS CRONOLÓGICOS		MATERIALES DE CONSTR. Y SU SIGNIFICACIÓN	
EL LABORATORIO DE CAMPO		REVISIÓN TÉCNICAS MUESTREO		PRESENTAC.- REPRESENTAC DE LA EXCAVACIÓN	
LA FOTOGRAFÍA		APÉNDICES		LOS RESULTADOS FINALES	
PUBLICACIÓN Y PUBLICIDAD		BIBLIOGRAFÍA		RESTAURACIÓN/ CONSERVACIÓN	
QUE DESENTERRAMOS Y PORQUÉ?	INTRODUCCIÓN			ARQ. Y PRESERVACIÓN PATRIMONIAL	
BIBLIOGRAFÍA (SELECTA)	TEORÍA/ CONCEPTOS/ METODOLOGÍA			SUGERENCIAS PRÁCTICAS	
	TRABAJOS PRELIMINARES			CONCLUSIONES	
	TÉCNICAS DE EXCAVACIÓN			BIBLIOGRAFÍA	
	DOCUMENTACIÓN				
	ELABORACION DATOS E INTERPRETACION				
	CASOS				
	BIBLIOGRAFÍA				

Como puede verse, el supuesto eje central del manual (técnicas o métodos de excavación) no es el único ítem y si bien es el más extenso en desarrollo en algunos manuales, no en todos. Sin embargo, los demás puntos de cada obra se subordinan a las técnicas de excavación, sea como prolegómenos (conceptuales o técnicos) o bien tareas derivadas, a posteriori.

Los tópicos introductorios son similares aunque con variaciones: prólogo, agradecimientos e introducción. Esta instancia resume los objetivos del trabajo y conceptos previos. Los capítulos introductorios sustentan la obra y también la legitiman, puesto que a lo conceptual se le suma el aporte de otras personas, sea como colaboradoras o comentaristas. El prólogo -cuando lo hay- suele ser de tipo laudatorio, por parte de otro autor/a y los agradecimientos implican que hay un contexto de posibilidades de la obra, orígenes de la misma y deudas profesionales (datos, por ejemplo) que se saldan con la mención.

La introducción en general implica, en todos los manuales mencionar, más o menos taxativamente, objetivos de la obra, por ejemplo: “Esta obra es, en su primera parte, un manual de estratigrafía arqueológica” (Carandini, 1997, p. 4) o bien, “Por definición la arqueología urbana se hace para explicar una ciudad en funcionamiento, la que no queremos paralizar, sólo extraer información sustantiva para nuestro campo del conocimiento.” (Schávelzon, 2019, p. 9).

Dado que la excavación es una instancia científica, los y las autoras dedican capítulos de conceptualización. Esto no es un mero punto aclaratorio de las técnicas, sino posicionamientos que, en algunos casos, hasta denotan el encuadre de quien escribe la obra, dentro de alguna de las corrientes arqueológicas vigentes al momento de escribir, como luego se verá.

Ya en el aspecto práctico –las técnicas de excavación- los/las autores/as presentan notables variaciones. Los manuales abundan en detalles técnicos, dibujos, esquemas y hasta sobre la cotidianeidad de la excavación. Por ejemplo, se recomiendan posturas corporales, por ejemplo en Carandini con el “uso incorrecto de la pala” (Carandini, 1997, p. 176).

En todos los manuales, la documentación es una serie de operaciones de registro espacial, el dibujo, la fotografía y la catalogación in situ, incluyendo un orden de tareas a seguir. El objetivo es recuperar la información y en caso de pérdida, suplantar el objeto real y hasta la excavación, por un registro gráfico correctamente confeccionado (Wheeler, 1961).

Las herramientas son un tópico interesante dentro de las técnicas de excavación. En todos los manuales se indican las herramientas útiles y a la vez, correctas y adecuadas. Wheeler da un listado de 53 herramientas a llevar al trabajo de campo (Wheeler, 1961). Pueden mencionarse como ejemplos el nivel de mano y el óptico en Carandini (1997), las estacas de hierro (Schávelzon, 2019) o las etiquetas de localización de hallazgos en una trinchera (Hester, *et al.*, 1988, p. 188).

Schávelzon (2019) es la excepción: a diferencia de los otros manuales, casi siempre supone que el uso de las herramientas mencionadas es de sobra conocido, a pesar que para los demás manuales se requiere un saber muy específico para manejar correctamente esos elementos.

Como Wheeler, se acerca a un manual de procedimientos de la vida cotidiana. Así, al definir las herramientas a emplear, dictamina por ejemplo que: “Use nivel láser, la manguera para medir alturas no existe hace cincuenta años. Deprime el verla usar todavía.” (Schávelzon, 2019, p. 181).

También resultó importante el proceso post-excavación y si bien aparecen sólo en tres manuales, los autores creyeron necesario dar pautas para la comunicación de los resultados obtenidos o su patrimonialización (por ejemplo, Schávelzon, 2020).

Los manuales evidenciaron que son necesarias tareas que van más allá de la excavación, pero que se vinculan con ella, ya que la conservación o incluso la difusión de lo hallado dan sentido a lo excavado luego de abandonar el sitio (por ejemplo Wheeler, 1961 y Schávelzon, 2019).

Una parte importante en todos los manuales fue el contenido gráfico, convirtiendo al manual en un texto sumamente visual, ya que profusamente incluyen fotografías y elementos gráficos propios o tomados de otras obras reemplazando los sitios físicos por su representación.

Los y las autores/as han dispuesto modos gráficos que ejemplifican e ilustran las técnicas. En ocasiones, la gráfica técnica consiste en dibujos detallados y minuciosos, como Schávelzon (2019, 2020) que reflejan la corrección o incorrección de las tareas de campo enumeradas. Carandini (1997) utiliza gráfica muy simple a mano alzada, pero sumamente expresiva ya que es inmediatamente legible ya que cuando puede, elimina todo dato adicional al elemento representado. Domingo *et al.* (2015) utilizan el recurso de la infografía. Es un manual específicamente pensado para estudiantes, por lo que las autoras combinaron gráficos, esquemas y diagramas con fotografías.

Aparecen distintos modos de presentar gráficos conceptuales, como tablas y diagramas.

En Hester *et al.* (1988) los diagramas proporcionales de una muestra arqueológica evidencian una complejidad notable, no se especifica cómo leerlos y, aunque probablemente hayan sido un esquema de representación habitual en 1975, hoy son de dificultosa lectura. En cambio los gráficos de Domingo *et al.* (2015) se basan en infografías de rápida lectura, habituales en revistas populares y periódicos.

La mención a los procesos luego de excavar es diversa, aunque ninguno refiere a la interpretación del registro, una metodología de análisis o al menos un esbozo de ella.

Con el empirismo del manual, algunos autores incluyen aspectos de conservación en gabinete, almacenamiento, de restauración y patrimoniales (Domingo *et al.*, 2015; Schávelzon, 2019).

En el resto de los autores hay algunas reflexiones sobre la información y la exhibición de resultados mediante el escrito científico: “un sitio que sea bastante excavado usando los sistemas más modernos prácticamente puede haber quedado vacío de pruebas y debe escribirse todo de él” (Wheeler, 1961, p. 215). Ya desde antes de la época de Wheeler, la arqueología turística/romántica seguía métodos o técnicas para no perder los hallazgos. No así la información, que se suponía por completo material-empírica (la ruina, la obra de arte) y no analítica. Esas técnicas solían ser privadas, mientras que los/las autores/as las indican como públicas en tanto la arqueología es una ciencia y no un entretenimiento de viajeros (Carrocera Fernández, 2019, p. 351).

Schávelzon es taxativo respecto al proceso de publicidad de los resultados:

Haga público el informe final completo. Internet es el mejor camino ya que las revistas son para temas específicos o amplios. La comprensión de la ciudad se hace con la suma de todos los aportes como en toda la arqueología. Lo que no se publica no existió. Ya no tiene valor el concepto de “eso ya está informado”: o está accesible o lo esconden por algo. (Schávelzon 2019, p. 186. Énfasis del autor)

Esta postura es interesante ya que décadas después de Wheeler, permite la separación entre el profesional/académico y el aficionado, a la vez que preforma una comunidad científica, que debe rescatar la información y luego difundirla.

La bibliografía

La bibliografía es un capítulo inevitable en toda publicación arqueológica. En un manual arqueológico es un elemento importante en su construcción, define la obra y sustenta la capacidad autoral, por lo que resultaría relevante comparar la selección efectuada por quienes redactan este tipo de libro.

Dado que le resultaría dificultoso -sino imposible- a los/las autores/as concurrir personalmente a los innumerables sitios del pasado o en actividad, la bibliografía de los manuales aquí considerados es en general sumamente frondosa e incluye tanto textos técnicos sobre la excavación como casos de sitios ejemplares y experiencias o libros de los mismos autores/as del manual. También algunas partes del texto también son reveladoras de lo complejo de esta tarea compilatoria: agradecimientos a los y las colegas, lectura de la crítica arqueológica y del trabajo docente propio y ajeno, origen de los conceptos y en general, información lo más amplia posible, sea conceptual o ilustrativa.

En la Tabla 3 se evidencia la cantidad de bibliografía de los manuales, considerada para este trabajo como un indicador cuantitativo de exhaustividad.

Tabla 3. Cuantificación de la bibliografía en los distintos manuales.

AUTOR	MANUAL	1- DE PROCEDIMIENTO O METODOLÓGICAS	2- DE CASO, GENERAL O DE REFERENCIA	3- DE PROPIA AUTORÍA (INCLUYE CON OTROS)		TOTAL OBRAS CITADAS
				CANT	%	
WHEELER, M.	<i>Arqueología de campo. (1961).</i>	18	92	2	2%	112
HESTER, T., HEIZER, R. Y GRAHAM, J.	<i>Métodos de campo en arqueología. (1988).</i>	21	1177	68	5%	1266
CARANDINI, A.	<i>Historias de la tierra. Manual de excavación arqueológica (1997).</i>	16	136	32	17%	184
DOMINGO, I; BURKE, H. y SMITH, C.	<i>Manual de campo del arqueólogo. (2015).</i>	10	141	5	3%	156
SCHÁVELZON, D.	<i>Manual de arqueología Urbana. Técnicas para excavar Buenos Aires. (2019).</i>	0	0	129	100%	129
SCHÁVELZON, D.	<i>Manual de arqueología Urbana II. Métodos y técnicas para excavar basurales. El caso del bajo Belgrano. (2020).</i>	18	253	67	20%	338

La bibliografía compilada no sólo funciona como aparato erudito. Sustenta las afirmaciones, aporta conceptos de otros autores/as y en casi todos, experiencias de trabajo de campo propias o bien ajenas. Por lo tanto, su abundancia reflejará la investigación efectuada para redactar el manual y ello se refleja en las citas, ejemplos y casos mencionados en los manuales.

La proporción de trabajos propios es relativamente baja en varios manuales. Wheeler aporta su bibliografía en el cuerpo del texto, señalando al final una “bibliografía selecta” (Wheeler, 1961, p. 344). Ello probablemente por considerar que sus lectores/as son eruditos que no necesitaban citas específicas y el libro se basa en conferencias, con menciones realizadas al hablar. Es probable también que los trabajos de Wheeler (autor con distinciones nobiliarias) probablemente les resultaran muy conocidos, dándole suficiente importancia a sus dichos.

Carandini (1997) parece tener intenciones similares en tanto son manuales eruditos, con frecuentes citas clásicas de la antigüedad como fuentes conceptuales a la par de autores recientes.

En el caso del manual de Hester *et al.* (1988) el bajo número de obras de autoría propia contrasta en el gran número de obras citadas, en un 92% estadounidenses.

En el *Manual de arqueología Urbana. Técnicas para excavar Buenos Aires* (Schávelzon, 2020) el autor presenta una bibliografía personal en su totalidad: “este manual no trae bibliografía (...) hacer una no sería complejo, pero no tiene sentido en un trabajo de este tipo” y “la bibliografía que no cito bien puede llenar los espacios conceptuales vacíos y se supone que todo arqueólogo la conoce” (Schávelzon, 2019, p. 9 y 11). Esto se debe a que -según el autor- existe mucha información, pero no siempre es aplicable al contexto urbano porteño. También presenta una bibliografía personal, probablemente para mostrar su experiencia en el tema (su ciudad, pues su experiencia en arqueología es muchísimo mayor) y demostrar la capacidad de generar un manual para Buenos Aires, urbe en inmensa medida ya excavada por el autor. En cambio, su *Manual de Arqueología Urbana II* presenta una abundante bibliografía general, que se justificaría al ser parte de un proyecto de dos libros. Además, en sus manuales presenta los casos propios de excavación como ejemplo, lo cual no se evidenció en los otros manuales, siendo dos obras con abundante ilustración fotográfica, de factura propia del autor.

Con la sola excepción del primer manual de Schávelzon (2019), la bibliografía en los seis manuales no es sólo conceptual o de caso sino también sustenta la idea clave de universalidad. Para ello, pareciera que la extensión del aparato erudito de cada obra es un reflejo de la exhaustividad de los tópicos tratados.

Finalmente, la extensa recopilación bibliográfica implica lecturas, análisis y síntesis.

La idea de la Tabla 2 es evidenciar la cantidad de material citado como indicador de ilustración, conocimiento y sobre todo, experiencias compiladas, de este modo la cantidad refleja el trabajo efectuado por los o las autoras. La lectura de todos estos casos, revisión de técnicas y resultados, selección de textos e imágenes y descarte de las obras no necesarias, finaliza en la definición de cuáles trabajos de excavación fueron los correctos y cuáles incorrectos.

La abundancia y el criterio de selección como aparato erudito permitiría—al menos para el manual— hallar un *buen hacer* (o uno *malo*) para un número suficiente de casos estudiados, sosteniendo la pretendida universalidad del libro, independientemente del encuadre (arqueologías prehistórica, histórica o urbana) o del marco teórico de cada autor compilado.

¿Son tan empíricos los manuales?

Los autores declaran que su obra está destinada a una práctica arqueológica física y material, la excavación. Como se vio, Schávelzon (2019, 2020) es el más taxativo, negando el carácter teórico de sus obras, argumentando que “no es una teoría, ni un método, ni una historia, es un conjunto de experiencias

acumuladas a través de años de trabajo” (Schávelzon, 2020, p. 13). Wheeler se aproxima a una definición de los/las arqueólogos/as como “recolectores e intérpretes” (Wheeler, 1961, p. 237), destina un capítulo entero a la reflexión: “¿Qué desenterramos y por qué?” (Wheeler, 1961, p. 235) y critica veladamente al evolucionismo y al biologicismo (Wheeler, 1961). Pero tanto el autor inglés, como los demás autores/as, no aluden directamente al abordaje teórico ni las discusiones del momento, que no describiremos aquí por ser de sobra conocidas.

Podría pensarse que las técnicas propuestas podrían ser aplicadas –supuestamente– en cualquiera de las posturas en disputa, tanto en 1954 como en 2020, pero las técnicas, herramientas y objetivos pueden cambiar, como efectivamente lo han hecho en más de 60 años.

Las técnicas de niveles arbitrarios, descartadas por Wheeler (1961), eran contemporáneas e implementadas por Leroi-Gourhan, su contemporáneo, pero porque el autor francés abordaba sitios europeos prehistóricos, mientras que Wheeler vincula su manual con experiencias arqueológicas sobre todo asiáticas e indoeuropeas, resultado del imperialismo británico.

El mismo Wheeler (1961), influyó fuertemente en Harris (1989), que fuera aplicado por Schávelzon en sus primeros trabajos de arqueología urbana (Schávelzon, 1999). Para el fin del siglo, la técnica inglesa de muros-testigo fue olvidada, no así los conceptos estratigráficos, hoy en pleno uso.

Hester, Heizer y Graham (1988) mencionan la excavación por estratos completos, pero como una técnica más que depende de los objetivos de quien excava. Sin embargo, y dada su época, los autores describen la excavación “típica” (Hester *et al.*, 1988, p. 107) en términos de niveles arbitrarios, similares a las de Leroi-Gourhan (1966), técnica propia de la Nueva Arqueología. Incluso excavan los muros a lo largo del paramento, modalidad taxativamente contraindicada por Wheeler, más interesado en la evolución del sitio y sus recintos.

Carandini (1981) opta por el método estratigráfico en un pensamiento acorde con Wheeler, aunque sin mencionar nunca al autor inglés, dedicándole todo un apartado teórico.

Domingo, Burke y Smith (2015) mencionan a Harris, pero no a Wheeler ni a Carandini, quizás más acordes a la posición “herramental” y pragmática de un manual de esta época. Harris, en cambio –como ya se vio– no puede considerarse un manual de trabajo de campo, sino un modo de sistematización de la sobre todo a la organización de los datos, que propone mediante su matrix, aceptada como “actualmente utilizada” en Domingo *et al.* (2015, p. 191). Las autoras hablan de interpretación en ese sentido: hallar la lógica de la deposición de los materiales o sea y en resumen, el *buen hacer* está en cada época, pero hay cruzamientos, rescates, ocultamientos y revisiones para obtener esa corrección, que no es la misma para cada manual.

Lo teórico, en estos manuales es la corrección planteada. Una teoría que se vuelve una abstracción o reducción a lo didáctico, por eso la abundancia de bibliografía, gráficos, esquemas explicativos y fotografías suplantando lo empírico, ya que el manual no es una escuela de campo, pero tiene objetivos similares, que no son los de la teoría arqueológica, un marco para la interpretación. Por lo tanto, si lo correcto (opuesto a lo incorrecto) es el eje de este tipo de literatura, el carácter empírico parece ser el aspecto común. Pero en todos los textos se ha distribuido conceptos importantes. Pueden verse algunos de estos conceptos como posicionamientos del autor que “sí” posee una teoría. Queda preguntar cuál es. Por ejemplo, Wheeler declara que “en forma simple y directa, la arqueología es una ciencia que debe ser vivida, sazónada con sentido humano” (Wheeler, 1961, p. 7). Esta postura humanista implica un lugar epistémico específico (no técnico) y que podría ser tan discutible como cualquier teoría arqueológica. Incluso podría contrastar con las positivistas que si bien se desarrollaron una década más tarde, sin embargo el manual de Wheeler sobrevivió mucho tiempo.

Carandini también se posiciona dentro de una teoría a la que adhiere, incluso es similar a la de

Wheeler. Un ejemplo: “el objeto que tenemos delante no es jamás uno solo, pues siempre se halla conectado por una pluralidad de cosas conectadas de forma diversa (...) tocar un eslabón significa hallarse inmediatamente ante toda la cadena a la que éste pertenece” (Carandini, 1997, p. 22).

Desde lo teórico, podría pensarse que Wheeler ideológicamente sería cercano a las corrientes fenomenológicas – vivenciales actuales (D’Amore, 2015) o que Carandini estaría cercano a un pensamiento social sistémico o estructural, necesario para poder interpretar el registro.

Incluso quien se presenta como más taxativamente empírico, Schávelzon, que declara que su obra “no es un texto teórico ni una introducción al tema” (Schávelzon, 2019, p. 7) presenta conceptos teóricos importantes. En primer lugar enumera unas “Definiciones básicas” (Schávelzon, 2019, p. 15) que de por sí resultan en un fuerte posicionamiento teórico ya que si por ejemplo “arqueología urbana es la arqueología de la ciudad moderna” (Schávelzon, 2019, p. 15) y excluye estructuras más antiguas en contexto de urbe, ella resulta una definición que podría ser discutida sólo desde lo teórico y no desde lo empírico, para que no resulte arbitrario. Una condición que claramente no aparece como tal en el texto, aunque se base en la amplia experiencia del autor.

Si Wheeler y Carandini asumen como teórico el concepto de estrato, Hester *et al.* (1988) dedican sólo 4 páginas a toda la teoría arqueológica y Schávelzon directamente declara no tenerla. El manual de Domingo *et al.* (2015) es sólo ateórico en apariencia, soslayando lo conceptual y lo ideológico. Pero si se observa la organización del texto, la teoría se ha convertido en temas que se corresponden a los encuadres disciplinarios muy vigentes hoy en España, como la arqueología de la Guerra Civil, por ejemplo. La dilución de lo teórico en la temática es conveniente al manual como texto universal pero no excluye a las autoras de considerar esos temas (la guerra, la memoria, la historia oral) como arqueologías legítimas, un posicionamiento a la vez pragmático y teórico muy adecuado a lo contemporáneo y no exento de conflictos o negaciones.

Puede decirse que excavar un sitio arqueológico es de por sí, una postura teórica, en tanto se constituye como espacio tanto material como de reflexión, sea in situ como por fuera del contexto material, el campo:

En la actualidad, la arqueología consiente una forma de representar la excavación como una actividad ambivalente entre la práctica de descubrir el presente del pasado y la inevitable destrucción de las huellas pasadas del pasado (...) un método de excavación arqueológico insertado en una práctica social y constituido por ésta, que no proporcione la usual apariencia de aislamiento en las profundidades del pasado en torno a una comunidad académica y occidental, sino que se forme y transforme en la interacción sobre las superficies del presente con las redes de relaciones que sostienen distintos tipos de saberes en afinidad y conflicto con otras comunidades. (D’Amore, 2015, p. 503)

Todos los y las autores/as han mencionado esa ambivalencia, ya que frente a la destrucción irreversible del material depositado, oponen un *buen hacer* que parece redimir –técnicamente- la inevitable desaparición. En ese marco, los aspectos práctico/pragmáticos de los manuales no pueden ser concebidos sin un /una arqueólogo/a excavando y estas personas ya portan encuadres teóricos que no pueden ser soslayados, pero que inevitablemente se pondrán en contacto con los de los o las autores/as.

Pero el hecho de un *buen hacer* en la práctica arqueológica, llevara a quienes redactan manuales a ubicarse especialmente respecto a sus teorías propias, primero para no contradecirse y en segundo lugar para no contradecir la ideología a los y las lectores/as.

Podría discutirse si estas posturas no son un empirismo dentro del empirismo: para elaborar el manual, debe convertirse en un texto experiencial, evitando cuidadosamente dar una metodología de interpretación de lo hallado.

El manual debe oscilar entre lo supuestamente ateorico – pragmático para poder permitir que quien lo lee, aplique a la información la teoría a la cual se adscribe, sea cual sea. De otro modo se pondría en crisis la universalidad del libro, el concepto mismo de manual, al rechazarse la obra por estar incluida en cierta corriente teórica.

Para finalizar esta enumeración, también la bibliografía es ateorica en la selección. Las referencias de autor hacen elipsis del encuadre teórico de cada trabajo compilado, mencionándose como un ejemplo o contraejemplo. A pesar de las intenciones autorales (expresas o no) la respuesta a la pregunta sobre el empirismo absoluto de los manuales es negativa: poseen una carga teórica importante, si bien a veces resulta difusa o no expresada taxativamente por motivos tanto ideológicos (la excavación es universal y objetiva más allá de la interpretación del/la excavador/a) como didácticos (hay modos correctos que deben enseñarse a quien no sabe).

Por un lado está su carácter declaradamente operativo, que puede ser entendido como praxeológico, en el sentido de ordenar las acciones racionales de las personas desde el punto de vista de sus consecuencias (Gherzi-Silva, 2012; Habermas, 1987; Kaufmann, 1968).

El carácter praxeológico se evidencia también en el entendimiento de los y las escritores que la excavación es un producto de la acción humana racional, con una lógica operativa, que termina en un ordenamiento objetivado y con un fin (Gherzi-Silva, 2012).

Los manuales serían teóricamente praxeológicos, según el esquema de Von Mises (1983): las personas actúan racionalmente y prefieren unas cosas a otras, concurren a la acción para alcanzar objetivos siempre mudables pero concretos y específicos y los tiempos influyen en esas acciones. Pero todo ello se plantea sin tener en cuenta el contexto particular de quien excava, sea teórico, situacional o personal.

Dado su carácter ordenado, objetivo, pragmático, praxeológico, universal y con su lógica polar *bien hecho / mal hecho* sin posibles interpretaciones, los manuales estarían impregnados de positivismo, entendido como “un conjunto de reglas y criterios de juicio ordenados” (Kolakowski, 1993, p.14).

Más allá de la ideología o teoría arqueológica del autor, la elusión de la teoría específica se sacrificaría a la necesidad arqueológica (y *objetiva*) de no perder datos de una excavación, el sentido final de una universalidad ateorica.

Conclusión

Los manuales aquí descriptos y comparados presuponen una manera de entender la excavación como momento clave para el trabajo arqueológico. La relación entre lo empírico/técnico es materia del manual pero no lo es la relación entre lo empírico y lo metodológico, algo exclusivo del investigador/a.

Si los manuales plantean una secuencia correcta de tareas en el trabajo de campo, ello no influye directamente en la metodología del artículo científico. El objetivo es la obtención del registro empírico y no la obtención de un conocimiento a partir de ese registro. El *buen hacer* en última instancia sería permitir ese artículo, maximizando la información obtenida del sitio arqueológico. Los autores y autoras reflexionan sobre la interpretación, aunque sintéticamente: presuponen que una excavación mal realizada afectará la información recuperada y en última instancia, esa falencia cambiará e incluso impedirá lo que se diga sobre el registro arqueológico.

El manual posee también un problema que es la de formar una ética indiscutible –que termina sien-

do la de su autor/a- sustentada por la bibliografía (finita), la experiencia (acotada) y los casos acertados y erróneos (posibles de observar). ¿No hay acaso una postura ética contra el error en Wheeler, cuando dice: “probablemente voy a recomendar con más frecuencia qué es lo que no hay que hacer más bien que lo que hay que hacer” (1961, p. 7)? Esa ética conlleva el riesgo de ritualizar las técnicas y no reflexionar sobre ellas, puesto que los manuales las proponen como correctas y al mismo tiempo, indiscutibles, al menos al momento de su redacción.

La excavación es una abstracción teórica, puesto que aunque se han revisado y compilado cientos de trabajos, todas son diferentes. El o la manualista construye *su* excavación, dotándola de características específicas, un collage de muchas posibles que da, por resultado, la excavación común y universal, un modelo que quienquiera que excave verá reflejada en la suya propia. Según Boddington (2013) la excavación del manual incluso es apriorística, ya que las capas o estratos se anticipan a lo que quien excava podría hallar en el suelo. Esta postura por lo tanto es idealista: los sitios abordados mediante las técnicas propuestas no siempre son iguales ni prístinos, poseen formas específicas, han sido modificados por los cambios naturales o por la antropización. Incluso pueden no tener estratos o haber sido saqueados por aficionados a la búsqueda de los mismos fragmentos que recuperan quienes se dedican a la arqueología.

Si se acepta la sentencia de Wheeler “No existe método propio a una excavación de un sitio británico que no sea aplicable –más aún, deba ser aplicado- a un sitio en África o en Asia” (Wheeler, 1961, p. 30) también podría decirse que las condiciones de producción de la interpretación bien pueden ser diferentes en Londres, Buenos Aires, Tarragona o Kuwait, con diferentes contextos de construcción del sitio.

Incluso el concepto mismo de excavación -como esencia de la arqueología- puede ser puesto en duda: se puede pensar en arqueología sin excavar, dependiendo de los objetivos de quien realice el trabajo.

También los sitios como tales pueden estar restringidos a ser excavados y los arqueólogos y arqueólogas tener intereses divergentes sobre la excavación. A veces se presentan condiciones de posibilidad que están por fuera de la manualización de las técnicas, con riesgos no sólo para la información sino de la seguridad de quienes allí trabajen, bajo circunstancias físicas, sociales o políticas peligrosas (Ruiz Zapatero, 2013, p.55). Exigir un *buen hacer* en contextos riesgosos necesitaría un capítulo aparte del manual. Los problemas emergentes no serían errores, sino la posibilidad única de rescatar información arqueológica, en un contexto de destrucción apremiante.

Compilar exhaustivamente casos y exponer problemas no necesariamente acarrearía buenas soluciones, sobre todo al aplicar una determinada técnica universalmente.

Una divergencia, que el o la autora del manual no haya contemplado, o una situación diferente, dentro de esa ética podría ser considerado como un error, cuando en realidad es una variación contextual que necesitó de otras soluciones. Incluso un caso erróneo no es necesariamente visible y los intereses de quien excavó pueden ocultar esos problemas en sus escritos académicos. El registro arqueológico es también lo que no se puede recuperar del sitio y permanece invisible o perdido (Ruiz Zapatero, 2013).

También existe lo histórico, que modifica y desactualiza el manual de trabajo de campo: las técnicas y las tecnologías avanzan y estos libros necesitan actualizaciones. Si bien la técnica por estratos propuesta por Wheeler y Carandini sigue vigente mediante la Harris Matrix, la de su contemporáneo Leroi-Gourhan y Hester *et al.* (1988), mediante capas arbitrarias, fue destinada cada vez más a retirar controladamente suelo estéril, mediante estratos métricos (Ruiz Zapatero, 2013).

Experiencias nuevas implican nuevas maneras de abordar la excavación, se descartan técnicas antes infalibles y son reemplazadas por otras, a veces inéditas. La técnica de excavación por cuadrantes de Wheeler hoy sería de dudosa aplicación en un sitio urbano o un fogón en la costa del Paraná, pero nadie

dudaría en aplicar su concepto de excavar transversalmente restos murarios, para apreciar los derrumbes de la arquitectura que hoy cubre el suelo.

Obviamente ninguno de los autores/as consideró los sistemas de localización electrónica, los drones o la georreferencia satelital, que dan otro carácter a la excavación e incluso pueden evitarla. A pesar de estas condiciones que podrían contradecirlo, el manual posee valores indubitables, que han garantizado su permanencia y podría decirse, su éxito como concepto.

Sobrepasando estas realidades más recientes, el manual de trabajo de campo, manual de excavación arqueológica o manual de técnicas de excavación, es un esfuerzo ímprobo para ayudar a resolver problemas profesionales comunes a todos y todas: en eso poco se diferencia de los manuales de procedimiento.

Hay que considerar también que la arqueología es una ciencia humana. Acaso, como diría Chadwick “¿no hay algo profundamente humano en la excavación?” (...) “nuestras historias excavadas, registradas e interpretadas hora tras hora por y a través de nuestras manos, ojos y mentes en la actualidad” (Chadwick, 2010, p. 10).

Los fragmentos no son meros materiales en bolsas de plástico, sino restos que no pueden *manualizarse* uno por uno, pero tomados en conjunto alteran el recorrido del “filo del cucharín” hodderiano (Hodder, 2003, p. 59).

Tal vez Wheeler (1961) hace ya casi 70 años, intuyera esto al decir que “la arqueología es una ciencia que debe ser vivida sazónada con sentido humano” (p. 7) y “la arqueología no desentierra objetos, desentierra personas” (p. 233). Y esa operación debe hacerse bien o se perderán.

El enorme esfuerzo hecho para confeccionar un manual de arqueología, desde esa perspectiva humanista, bien valdría la pena. Por otro lado, un manual de excavación es un monumental trabajo docente, con su potencial y sus limitaciones, que incluyen eludir de modo consciente (y a la vez evidente) una teoría explícita: la del/la autor/a, que inevitablemente posee al hacer sus excavaciones. Criticar la universalidad del manual es, en el fondo, criticar una tarea educativa (y hasta cierto punto solidaria) que trata de evitar que se pierda información al excavar.

También se debe reflexionar lo que significa la docencia, con su pesada carga asimétrica de erudición y autoridad, como un monólogo indiscutible respecto a quien escucha o lee.

Con su trasfondo positivista y más allá de los modos discursivos verbales, el manual actúa como una orden (haga lo correcto), como un orden (hay un método) y como una ayuda (educa).

También podría decirse que hay una cierta *auto-obligación moral* de los/las autores/as.

El *buen hacer* de la excavación parece un imperativo de autoría que se refleja en los tiempos verbales, pero también estaría en la necesidad de haber escrito el manual como un aporte al conocimiento o al menos, a impedir la pérdida de los datos, algo que subyace a toda práctica docente.

Si bien referida a la arqueología urbana, la frase de Schávelzon “La comprensión de la ciudad se hace con la suma de todos los aportes como en toda la arqueología” (2019, p. 186) también puede leerse en clave de una solidaridad interna a la profesión arqueológica.

Con un formato aparentemente simple (el manual se presenta como un listado) dudosamente un estudiante/a, neófito/a o colega se ponga como objetivo poner en crisis el libro y redacte un contra-manual. Y el escritor/a redactará su obra, a sabiendas que quizás no figure en las referencias bibliográficas de casi ningún trabajo científico: ¿para qué citar el manual, cuando al leer ese *paper* debe suponerse a priori que la excavación está bien hecha? ¿Qué profesional mencionaría en su producción, sus textos más básicamente formativos?

En base a todo ello resulta arriesgado hablar de “literatura más o menos gris y por completo efímera” (Caraher, 2017, p. 1) cuando estos manuales han subsistido y se siguen publicando. Sobre todo,

cuando hay un contrato docente: quien lee el manual, advertido de errores e imbuido de ese *buen hacer* y con la máxima información recuperada, debe ser capaz de interpretar el registro arqueológico por su cuenta y riesgo. Y para eso, no existen manuales.

Agradecimientos

A Juan Bautista Leoni, por revisar amablemente el manuscrito y a Soccorso Volpe, por la valiosa información suministrada.

Referencias bibliográficas

- Aguerre, A. M. y Lanata, J. L. (comps.). (2004). *Explorando Algunos Temas De Arqueología*. Gedisa.
- Alcina Franch, J. (1965). *Manual de Arqueología*. Editorial Aguilar.
- Alvarez Torres, M. (1996). *Manuales para elaborar manuales de Políticas y Procedimientos*. Panorama.
- Asanza Molina, M.I.; Miranda Torres, M.; Ortiz Zambrano, R. y Espín Martínez, J. (2016). Manual de procedimiento en la empresa. *Revista Caribeña de Ciencias Sociales*. Noviembre 2016, 12-35.
- Boddington, M.I. (2013). *Truth and archaeology. Justification in archaeology*. Magdalene College. University of Cambridge.
- Caraher, B. (2017). A Survey of Archaeological Excavation Manuals. *The Digital Press at the University of South Dakota*.
- Carrocera Fernández, (2019). M. Wheeler y su arqueología de campo. *Nailos. Estudios interdisciplinarios de arqueología* 6, APIAA, 323-352.
- Chadwick, A. M. (1997). Archaeology at the Edge of Chaos: Further Toward Reflexive Excavation Methodologies. *Assemblage* 3, 39-62.
- Chadwick, A. M. (2010). *What have the post-processualists ever done for us? Towards an integration of theory and practice; and radical field archaeologies*. University of York.
- Chang, K.C. (1983). Nuevas perspectivas en arqueología. Alianza Editorial.
- Cobb, H. y Croucher, K. (2020). *Assembling archaeology. Teaching, practice and research*. University Press.
- Coye, N. (1997). *La préhistoire en parole et en acte: méthodes et enjeux de la pratique archéologique : 1830-1950*. L'Harmattan,
- D'Amore, L. (2015). En las superficies del presente. Disquisiciones sobre el método de excavación arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XL (2), 501-522
- Duhart Kizatus, M. (2007). *Los manuales administrativos en las oficinas públicas*. Universidad de México.
- Francovich, R. y Manacorda, D. (2001). *Diccionario de Arqueología. Temas, conceptos y métodos*. Ed.

Crítica.

- Gamble, C. (2019). Arqueología básica. Editorial Ariel.
- González Ruibal, A. (2012). Hacia otra arqueología: diez propuestas. *Complutum* 23 (2), 103-116.
- Gouldner, A. (1970). *Sociología reflexiva*. Ed. Amorrortu.
- Hodder, I. (2003). Archaeological Reflexivity and the “Local” Voice. *Anthropological Quarterly* 76(1). 55-69.
- Kolakowski, L. (1993). *La filosofía positiva*. Editorial Rey.
- Leroi-Gourhan, A. y Brézillon, M. (1966) L’habitation magdalénienne n° 1 de Pincevent près Montereau (Seine-et-Marne). *Gallia Préhistoire*, 9(2). 263-385.
- Podgorny, I. (2008). Los medios de la arqueología. *Redes* 14 (28). 97-111.
- Puppio, M.A. (2013). Archivos para una historia de la práctica de la arqueología. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, 4 (4), 24-33.
- Renfrew, C. y Bahn, P. (2011). *Arqueología. Teoría, métodos y prácticas*. Akal.
- Reyes Ponce, A. (1966). *Administración de empresas. Teoría y práctica*. Limusa.
- Ruiz Zapatero, G. (2013). La Excavación arqueológica. García Diez, M. y Zapata, L. (eds.) *Métodos y Técnicas de análisis y estudio en arqueología prehistórica. De lo técnico a la reconstrucción de los grupos humanos* (pp. 39-72). Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología. Grupo de Investigación en Prehistoria. Universidad del País Vasco.
- Sánchez de Buruaga Blazquez, A. (1998). Estrategias de excavación y análisis estratigráfico: una reflexión sobre su proceso histórico. *KREI* 3. 107-141.
- Trigger, B. (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Ed. Crítica.

Manuales de arqueología

- Almagro, M. 1975. *Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo*. Ediciones Guadarrama
- Badè, W. (1934) *A Manual of Excavation in the Near East: Methods of Digging and Recording of the Tell en-Nasbth Expedition in Palestine*. Berkeley, University of California Press.
- Carandini, A. (1997). *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Crítica Grijalbo Mondadori. (Primera edición original en italiano de 1981).
- Dever, W y D. Lance, D. (1982). Cincinnati: Hebrew Union College.
- Dockrill, S. J. (2007). *Old Scatness Excavation Manual*. Lerwick: Shetland Heritage Publication 2007.
- Domingo, I; Burke, H. y Smith, C. (2015). *Manual de campo del arqueólogo*. Ariel Prehistoria.

- Droop, J.P. (1915). *Archaeological Excavation*. Cambridge: Cambridge University Press 1915.
- Fladmark, K. R. (1978). *A Guide to Basic Archaeological Field Procedures*. Burnby, BC: Department of Archaeology, Simon Fraser University, 1978.
- Gherzi Silva, E. (2012). ¿Lógico o praxeológico?. *Revista Advocatus* 26, 241-248.
- Habermas, J. (1987). *Logique des sciences sociales et autres essais*. RJF París.
- Harris, E. C. (1989). *Principles of Archaeological Stratigraphy*. Academic Press
- Blakely, J. y Toombs, L. (1980). *The Tell el-Hesi Field Manual*. American Schools of Oriental Research.
- Joukowsky, M. *A Complete Manual of Field Archaeology*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, CA.
- Kaufmann, A. (1968). *L'homme d'action et la science introduction élémentaire à la praxéologie*. París : Hachette.
- Maschner, H y Chippindale, C. (1992). *Handbook of Archaeological methods*. Vol. I y II. Altamira Press.
- Mentz Ribeiro, P. (1977). *Manual de Introdução à Arqueologia*. Ed. Sulina.
- Hester, T.; Heizer, R. y Graham, J. (1988). *Métodos de campo en arqueología*. Fondo de Cultura Económica. (Primera edición original en inglés de 1975).
- Roskams, S. (2003). *Teoría y práctica de la excavación*. Ed. Crítica.
- Roskams, S. (2017). *Excavation. Cambridge Manual in Archaeology*. Cambridge UP.
- Tassie, G. y Owens, L. (2010). *Standards of Archaeological Excavation: A field guide to methodology, recording techniques, and conventions*. Golden House.
- Sanders, G., James, S y Carter Johnson, A. (2017). *Corinth Excavations Archaeological Manual*. The Digital Press at the University of North Dakota.
- Schávelzon, D. (1999). *Arqueología de Buenos Aires*. Emecé.
- Schávelzon, D. (2019). *Manual de arqueología Urbana. Técnicas para excavar Buenos Aires. Centro de Arqueología urbana*. UBA-FADU.
- Schávelzon, D. (2020). *Manual de arqueología Urbana. Métodos y técnicas para excavar basurales. El caso del bajo Belgrano*. Centro de Arqueología urbana. UBA-FADU.
- Von Mises, L. (1983). *L'action humaine; traité d'économie*. PUF.
- Wheeler, M. (1961). *Arqueología de campo*. Fondo de Cultura Económica. (Primera edición original en inglés de 1954).

Recibido: 12/4/2023

Aceptado: 5/5/2023